

EVOcando A UN AMIGO

La última vez que vi a Agustín Albarracín fue en el funeral de nuestro común maestro, don Pedro Laín Entralgo. Con cierta antelación sobre la hora prevista —pues quería concretar mi papel en la concelebración—, llegué a la iglesia de San Francisco de Borja; y, al poco rato, apareció él por allí. Nos saludamos efusivamente, pero no pudimos mantener una larga conversación: no era cosa de charlar dentro del templo y no se podía parar en el atrio, recalentado por el sol implacable de aquel tres de julio madrileño. Agustín se adelantó al primer banco de la nave y yo me quedé en el último, para poder saludar a los amigos que irían viniendo. De haber sabido que aquel encuentro iba a ser el último que tendríamos, los dos habríamos afrontado con gusto el rigor de una tarde estival. Lo encontré entonces en plena salud, con vigor y buen ánimo. No podría imaginarme que, a los cuatro meses de aquel funeral, en el que ambos participábamos, iba a encontrarme yo oficiando en el suyo.

La muerte de Albarracín habría de acaecer de modo súbito e inesperado. Es verdad que, según los parámetros de la existencia humana, tan doloroso acaecimiento no podría ser calificado de prematuro, ya que venía a cerrar una vida larga y fecunda. Agustín frisaba en los ochenta años. Había gozado de un matrimonio feliz —¡gran mujer era Pilar!—, fruto del cual eran tres hijos que ya habían alcanzado su madurez humana y profesional y que empezaban a proporcionarle ese rebrote de la paternidad que son los nietos. Había desplegado brillantemente sus dotes intelectuales en el cultivo de unos saberes a los que se vio vocacionalmente impulsado y que cuajarían en una buena pila de libros y de otras publicaciones. Había ejercido su magisterio a lo largo de muchos cursos universitarios en Madrid y en otros cursos y conferencias en tantos lugares de España y de Hispanoamérica. Había disfrutado de una amistad singular con Laín y del cordial afecto de tantos colegas, discípulos y amigos. Bien había logrado aquel paradigma del varón cumplido: «engendrar un hijo, escribir un libro, plantar un árbol». Además, acababa de llevar a término su misión de solícito cuidador de dos seres bien queridos: su esposa y su maestro. Pilar había muerto el día 20 de febrero de 1998, al cabo de una larga y penosa enfermedad, vivida día a día por Agustín, hasta el final. La dilatada existencia de Don Pedro había concluido el 5 de junio de 2001, siempre atendido por su fiel discípulo: «Se me han muerto 53 años de mi vida», escribiría él al día siguiente. Todo parecía ya realizado en el curso vital de Agustín Albarracín; y, sin embargo, su muerte ha caído como un hachazo que brusca-

mente talaba un tronco ya añoso, pero lleno aún de savia fresca. Y justamente ahora, cuando las pasadas solicitudes se trocaban en amables recuerdos; cuando —orlado por un aura de prestigio y de afecto, inmerso entre sus libros y sus papeles— se disponía a entrar en un luminoso y dilatado ocaso vital, una enfermedad insólita y destructiva, que no concedía treguas ni remisiones, se lo ha llevado rápidamente, el 26 de octubre de 2001.

Con dolor redacto en memoria suya este texto que me ha pedido la revista decana de la historia de la medicina española; aquella en cuyo alumbramiento participé en 1949, como secretario de redacción; cargo que un día ocuparía Albarracín, antes de ser director de *Asclepio*. No voy a hacer aquí una relación del quehacer científico de Agustín ni un elenco de sus aportaciones, lo que sin duda aparecerá en otras páginas de este volumen. Voy a limitarme a evocar algunos recuerdos de su amistad: los que brotan de mi memoria y los que afloran de la correspondencia con él mantenida que aún conservo.

En un buen tramo de nuestras vidas, la de Agustín siguió a la mía, a dos años de distancia: yo había nacido en 1920, él en 1922; concluí la carrera de medicina en 1945, él obtuvo la licenciatura en 1947; nuestros encuentros formales con el profesor Laín Entralgo —aquellos que iban a determinar en uno y otro cambios decisivos en la trayectoria profesional— acaecieron en los años 1946 y 1948, respectivamente. Sólo en el trance de la muerte, Agustín se me ha adelantado.

No sé si llegué a conocer a Albarracín antes de mi partida a Valencia, donde pasé los años de 1949 a 1953. Pienso que él no llegó a participar en aquellas gratas tertulias en el domicilio de Laín en Lista 11. Sí que lo veo a mi regreso a Madrid, formando parte del grupo de doce a catorce personas que semanalmente nos reuníamos en la cuarta planta de Medicinaceli 4, donde el Instituto de Historia de la Medicina, del CSIC, daba sus primeros pasos. Pronto nos haríamos buenos amigos. Mas de una vez pude gozar del ambiente de su hogar, en Monte Esquinza 46, que la finura de Pilar hacía tan acogedor. Junto con Silverio Palafox, él y yo apechamos con la organización del XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, celebrado en Madrid, en el otoño de 1956, en el que Agustín hacía de tesorero y de cronista. Tras el paréntesis de un curso que pasé en París, volvimos a mantener un estrecho contacto en los años 1957-1959. Ambos acudíamos a las nuevas aulas de la Facultad de Medicina en la Ciudad Universitaria, para seguir los cursos académicos que dictaba Laín Entralgo, o a los viejos locales del Colegio de Médicos, donde iniciaba Laín ese empeño que mantendría toda su vida por extender sus saberes hacia los profesionales de la medicina y a más amplios ámbitos. Y, cuando en el verano de 1959 me trasladé a Pamplona, para enseñar nuestra disciplina en la incipiente Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, nuestra amistad se mantuvo firme, alimentada por

las cartas que nos cruzábamos —el teléfono se usaba entonces con parsimonia— y por nuestras conversaciones mantenidas en mis frecuentes viajes a la capital.

La primera carta que de Agustín conservo es respuesta a mi petición de que no demorara la entrega de las voces que le había encomendado para la *Enciclopedia de la Cultura Española*. Con fecha del 24 de Septiembre de 1960, me dice que esté tranquilo. «Ya sabes que me gusta cumplir —aunque ello redunde en que la mucosa de mi estómago cada día vaya peor, acusando el constante estado de tensión que el tal cumplimiento produce— y que estoy a tu disposición para cualquier otra biografía que quieras encargarme». Y así lo haría fielmente con todos sus compromisos, en medio de un quehacer agobiante. Vivamente expresa su fatiga en la despedida de su carta del 2 de febrero de 1972: «Un cordial saludo de tu —desbordado por el trabajo y al borde de la hecatombe- amigo, Agustín».

También sabía exigir la entrega de las colaboraciones comprometidas. Así en los volúmenes jubilares de Laín (1967 y 1978) y de Granjel (1973); en la serie de artículos sobre la Historia de la Enfermedad, por él promovidos en una revista profesional, y, sobre todo, en la gran *Historia Universal de la Medicina*, en cuya difícil gestación tuvo Albarracín parte tan activa. Pero lo hacía *suaviter et fortiter*, moderando la exigencia con una comprensión que sabía acoger las dificultades que encontrarán los redactores. Así me decía el 3 de marzo de 1979, con respecto a mi trabajo prometido para el tomo IV: «Cuenta con el tiempo que precises, hasta el próximo otoño: se trataba únicamente de un recordatorio». Pero aún había de otorgarme dos dilaciones más hasta que pudiera anunciarle el envío de mi original, «en el último día del último plazo», el 29 de enero de 1971. Ahora lamento el haber puesto a prueba la bondad de Albarracín en aquella coyuntura.

En mi correspondencia con Agustín se advierte nuestra mutua confianza para tratar cuestiones profesionales: nuestra Sociedad de Historia de la Medicina y la Internacional, el desarrollo institucional de nuestra disciplina con la convocatoria de sucesivas oposiciones, etc. Yo le consultaba muchas cosas y él me respondía con franqueza y buen criterio. Pero aún brilla más nuestra estrecha amistad en la comunicación de acontecimientos familiares: el fallecimiento de su padre, el de mi madre, la salud de su mujer, el progreso académico de cada uno de sus tres hijos en el que tanto se complacía. No es cosa de sacar a relucir en una publicación impresa tantos aspectos que deben quedar celados en las hojas manuscritas que ya amarillean. Pero me decido a estampar aquí un detalle evocado por uno de esos papeles, porque es indicador de la delicadeza del espíritu de Agustín. Parece ser —así lo dice— que en conversación con otros colegas, al concluir en Madrid el V Congreso Español

Agustín Albarracín

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL
O LA PASIÓN DE ESPAÑA

Introducción de
Pedro Laín Entralgo

*Por Pedro Pablo Kuczynski, con quien
me unen 40 años de colaboración
científica, muy cordialmente*



Madrid, febrero de 1983.



Editorial Labor, S.A.

de Historia de la Medicina, habló de mí en unos términos que luego le parecieron improcedentes. E, inmediatamente, el 8 de Octubre de 1977, me escribiría lo que sigue: «Creo que la noche final del Congreso, cuando nos marchábamos, sabrías comprender que mis bromas sólo trataban de incorporar plenamente tu doble condición personal y sacerdotal al grupo de amigos reunidos. Si, de todos modos, te resultó molesta la conversación, perdóname en aras de la buena intención que en ello puse». De mi inmediata respuesta sólo conservo la anotación que la sintetiza y que puse al pie de la carta suya: «Su delicadeza. Nada de inconveniencia». Y la verdad es que no consigo recordar aquel incidente: bien poca cosa sería. Por lo demás, su estima por mi sacerdocio —a cuya recepción él había asistido, el 25 de agosto de 1968— la expresa en varias de sus cartas. Basta con citar lo que me decía el 21 de abril de 1988: celebraba mi jubilación en la docencia universitaria, porque esperaba que ello —me dice— «te permita consagrar más tiempo a tu actividad esencial».

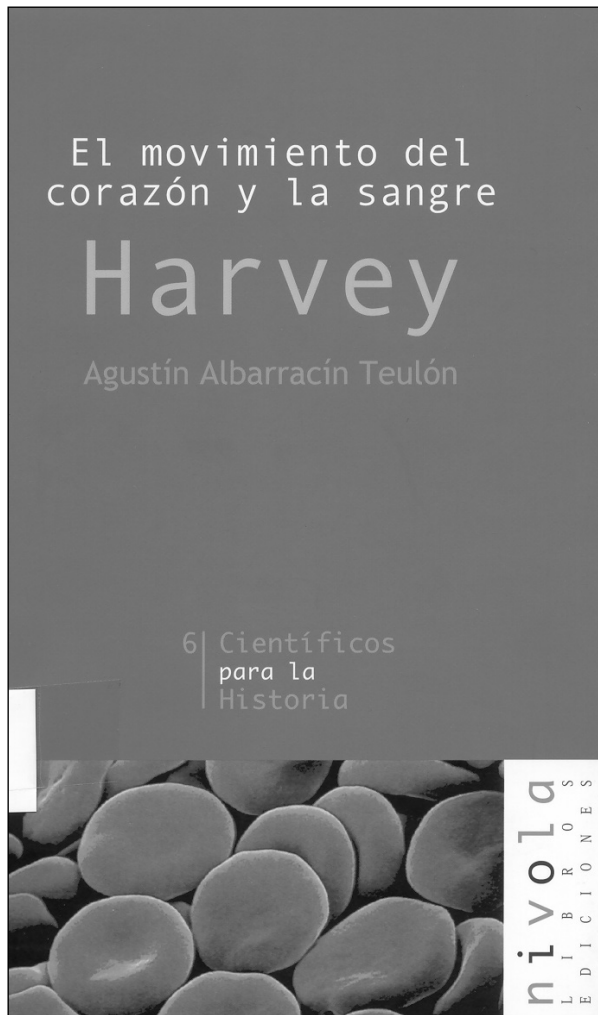
Sin mengua de su personal aportación científica —la medicina en la obra de Lope de Vega y en el *epos homérico*, la vida y obra de Cajal, la historia de la teoría celular, etc. —Agustín Albarracín fue —como el propio don Pedro diría— el «espléndido *alter ego* intelectual» de Laín Entralgo. Siempre recordaría éste el momento en el que aquel se decidiría a dedicarse plenamente al cultivo de la Historia de la Medicina; en el que iniciaría también una solícita atención al vivir cotidiano del maestro, supliendo con su sentido práctico la falta de aptitudes para las cosas materiales y concretas característico del teórico y «caviloso» Laín. No sé en que momento se inició esta dedicación plena. De las cartas de Agustín que conservo se deduce que en 1961 aún compartía su trabajo en esta línea con el empleo que tenía en la casa Squibb, de productos farmacéuticos; mientras que en la misiva fechada el 23 de febrero de 1968, escribe así: «...tras de mi total y exclusiva dedicación a la historia de la medicina»; lo cual suena a hecho aun reciente.

En el volumen que, bajo el título *Studia Arnaldiana* (Barcelona 1994), recoge pasados trabajos míos, puse una «Presentación» que describe el panorama de la Historia de la Medicina en España tal como se iba ofreciendo a mis ojos. Algún tiempo después de su publicación, en uno de mis viajes a Madrid, hube de visitar a Albarracín en su domicilio del que no salía entonces por hallarse convaleciente de una grave afección. Y refiriéndose al mencionado relato, me dijo Agustín: «¡Pero si en ese texto hablas más de mí que de ti!» Afirmación, claro está, desmesurada, pero que algo de verdad tenía, pues él fue directo promotor de diversos proyectos que trataban de conjugar de algún modo nuestras actividades dispersas; ya fuera por su iniciativa propia, ya materializando ideas de Laín. No voy a repetir aquí lo que en esas páginas dejé con-

signado y que demuestran esa centralidad que tuvo Albarracín por el hecho de hallarse en la capital de España y estar al lado del maestro de todos los cultivadores españoles de esta disciplina. Solamente quiero exhumar una circular por él firmada, en el mes de marzo de 1966, en la que propone la celebración de una sesión científica de nuestra Sociedad, «dedicada exclusivamente a la participación de socios de provincias» —dice en expresión que hoy se tendría como políticamente incorrecta—. Por mi parte he de añadir que siempre que he pasado por Madrid he tenido una conversación larga y cordial con Agustín Albarracín; que muchas veces fue prólogo o continuación de las más ceñidas y breves —aunque también cordiales— mantenidas con don Pedro.

En la referida «Presentación» se refleja mi gratitud por la ayuda que me prestó Albarracín en mis intentos de obtener una plaza de profesor agregado. Añado aquí lo que copio de una carta suya del 13 de noviembre de 1975, una carta llena de afecto, en la que expresaba «la seguridad —me dice— de mi comunión espiritual en estos momentos en que una gran contrariedad —siquiera, bien sopesada, de menor cuantía en tu vida— parecer hundir todo momentáneamente». Él no quiso nunca meterse en semejante berenjenal. Holgadamente obtuvo en 1965 —como yo lo haría en 1975— la condición de Adjunto. Y más tarde alcanzaría la de Profesor de Investigación del CSIC, con cuya base pudo ejercer la docencia con plena responsabilidad en los cursos de la Licenciatura en Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid.

Antes de enseñar en la Autónoma, Agustín Albarracín había dado clases en la Complutense. Y, por cierto, con una iniciación muy temprana, la cual fue exigida, por una coyuntura acaecida en la tarea del profesor Laín Entralgo, según me había relatado el propio Agustín, en carta suya del 29 de noviembre de 1960: «En esta primera parte del curso, don Pedro se encuentra agobiado con los plazos de la entrega de su trabajo a la Fundación March —sería, creo yo, *La relación médico-enfermo*— y no va por la Facultad. Se han encargado Palafox y Albertí de las clases de la Universitaria y yo estoy dando el curso de doctorado. Estoy terminando la historia de la anatomía, y quizá en enero siga colaborando, alternando con la historia de la fisiología, con la de la patología que dará Laín». Y cuando ha de jubilarse, a sus 65 años, buscará la manera de que esa posibilidad docente continúe de algún modo. Es lo que él mismo me diría el 21 de abril de 1988: «Desde el pasado mes de noviembre estoy jubilado, aunque mantengo la docencia en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma —como siempre *gratis et amore*—, con un nombramiento especial. También en el Consejo sigo conservando mi situación a la espera de recibir pronto un nombramiento de «doctor vinculado». Y, superando de un modo u otro las trabas legales, enseñando llegaría al final de su existencia.



En paralelo con su magisterio oral, es lo que le ocurriría con el escrito: desde la edición de su tesis doctoral, en 1954, hasta el año mismo de su muerte. Aún tuve ocasión de hojear a su lado el espléndido volumen por él preparado, para el Centenario del Colegio de Médicos de Madrid, en el año 2000. Pero es ahora cuando llega a mis manos un pequeño y bello libro suyo que no sé si habría llegado a las suyas; pues allí consta el mes de septiembre de 2001 como fecha de su edición. Viene a ser así una publicación casi póstuma, pero

que parece un texto juvenil; pues en él Agustín dibuja la figura de William Harvey, con los trazos firmes del historiador y la gracia atractiva del literato. En su introducción, Albarracín declara: «yo no concibo la existencia humana sin la posibilidad de vivirla permanentemente a través de nuevos retos; y, para el que libre y voluntariamente ha aceptado la vocación de investigador y docente como camino y meta de su vida..., uno de los actos fundamentales es el de expresar por escrito, ofreciéndolo a la comunidad el resultado de sus lecturas, indagaciones y reflexiones».

También yo procuro hacerlo así, aunque no sea con la originalidad que Agustín manifiesta en esta obra escrita a una edad tan avanzada. Tal vez sea por esa barrera de los ochenta años que él no llegó a tocar y que yo he sobrepasado ya en un bienio largo. Desde que soy octogenario y por lo que se refiere al campo de la Historia de la Medicina- dejando aparte aquella otra faceta de mi actividad que Agustín había calificado de esencial-, me limito a dos quehaceres que siempre han sido propios del hombre anciano: el de dar consejo —fruto de la experiencia— y el de recordar —poso sedimentado por el tiempo—. Todavía se me presentan ocasiones de sugerir ideas, encauzar investigaciones y corregir escritos de quienes comienzan a recorrer este camino profesional en cuyo final me encuentro. Y se me piden semblanzas de aquellos colegas que lo recorrieron gloriosamente y que ya lo culminaron. Me doy cuenta de que en estos primeros años del nuevo siglo, ya he publicado tres: la de Luis García Ballester, la de Pedro Laín Entralgo y ésta de Agustín Albarracín Teulón. Ya veo —y verán los lectores— que tales semblanzas son sólo expresión, mal hilvanada, de retazos de las vidas de cada uno de ellos, en cuanto que fueron compartidas por mí en constantes relaciones de colaboración y de amistad.

Juan A. PANIAGUA

Profesor Honorario de Historia de la Medicina
en la Universidad de Navarra.